

Ascenso y decadencia de la utopía racial de la I República cubana

Jorge Núñez Vega
Profesor e Investigador

Los entornos culturales africanos nunca han tenido una representación acertada en el imaginario occidental. Tanto África como sus extensiones suelen ser vistas por la gente de Occidente como espacios marcados por el atavismo, espacios primitivos y desordenados, eróticos y pintorescos, incluso crueles y salvajes: diferentes en todo caso al orden racional que supuestamente fundó y rige la cultura occidental.

Este orden constituyó una meta a conseguir en la república instalada en Cuba en 1902. Según afirmaban los notables de la I República, era un deber patriótico hacer progresar el país para ingresar en el concierto de naciones civilizadas. Planteado en estos términos, fue un tópico del discurso oficial republicano que mantuvo alguna capacidad persuasiva al menos hasta la década de 1920. En ningún caso Cuba podía ser una Antilla más.

El nacionalismo fundador cubano reforzado por décadas de guerra separatista, acti-

vo dentro de la órbita de influencias norteamericana, alerta por la posibilidad de intervención, mantuvo una actitud relativamente tensa respecto a los “factores” que —estimaba— podían socavar la utopía civilizatoria desde el interior de la formación nacional. Dentro de este conjunto de factores se listaban los entornos de la migración española, los colonos norteamericanos, los empresarios foráneos, los braceros importados de las “Antillas Menores”, las clases pobres relacionadas con la delincuencia y, en no menor medida, las etnias subalternas¹.

Sostenido por las clases dominantes, el nacionalismo se afirmó como una práctica excluyente y vigilante, que reprodujo un imaginario racista, así como conductas autoritarias similares a las de la época colonial, cuya superación —afirmaba— esperaba conseguir en el futuro.

Sin embargo, el nacionalismo realizaría sus distinciones. Algunos publicistas invirtieron los términos e intentaron encontrar el



La Habana, 1902

lado bueno de la fatalidad. Por ejemplo, estar dentro de la órbita norteamericana podía tener alguna ventaja en el orden de la cultura material y en el seguimiento de un modelo exitoso. La amenaza de intervención podía conseguir, a través del miedo, que las redes de políticos-comisionistas acotaran la tendencia a la corrupción y se limitaran los pronunciamientos violentos a raíz de un triunfo electoral. Los contingentes españoles, si bien eran presentados como sociedades ajenas al desenvolvimiento nacional por personajes públicos como el novelista Miguel de Carrión, eran imprescindibles por sus capitales y su presencia en el comercio y los servicios. Sus hijos tenían la opción de reclamar la ciudadanía cubana al llegar a la mayoría de edad y era de

esperar que tendieran a integrarse con el tiempo.

Problema aparte para el nacionalismo blanco constituían las clases bajas de afro-cubanos, vistas como propensas al vicio y a la delincuencia. Antes de la contienda contra los Independientes de Color, la opinión pública sobre los afrocubanos parecía dividida. Una tendencia de publicistas denominada “moralista”, a la que pertenecía el filósofo Enrique José Varona, defendía la idea de que las diferencias entre blancos y negros no eran biológicas, sino culturales. La convivencia racial permitía evolucionar a las “razas inferiores” y las igualaba a las “razas superiores”. La diferencia podía disminuirse a través de un proceso de aculturación. La violencia sim-

bólica era considerada en este caso como un deber cívico. Del éxito de este propósito dudaba una segunda tendencia fundada por José Montalvo, el introductor en Cuba de la criminología de César Lombroso. Los “fisiólogos” que siguieron su punto de vista postularon la idea de que la convivencia racial era degeneradora. A través de ellos hablaba todo el racismo decimonónico y de principios del siglo XX, desde el filósofo Arthur Gobineau hasta el sicólogo y sociólogo Gustave Le Bon².

La barrera étnica, insalvable por los sólidos prejuicios que la sostenían, se hizo más profunda aún después de la llamada Guerra de Razas de 1912, violenta reacción contra el levantamiento de los Independientes de Color liderados por Evaristo Estenoz y Pedro Ivonet, que terminó en una operación de limpieza étnica presentada como salvación patriótica. Este hecho constituyó una de las fracturas más importantes de la formación nacional: un límite claro para la asociación y movilización políticas de un importante sector de la ciudadanía marcado por el color de la piel.

La circunstancia —no casual— de que la Guerra de Razas tuviera lugar al comenzar la década económica más próspera de la I República, hizo posible la prolongación, por cierto tiempo, de la utopía de la Antilla de “civilización blanca”, como apuntó el historiador Ramiro Guerra, que podría algún día sentarse a negociar con sus iguales del mundo³. Mientras llegaba esa hora en La Habana resplandecieron las joyas en las noches de ópera, los fumaderos clandestinos de opio dieron un delicioso aroma decadente al ambiente habanero, las tiendas de alta costura se dijeron puntos de referencia, se editaron revistas como *Cuba contemporánea* y *Social*, que vendieron una imagen de sociedad culta y glamorosa. Incluso se inició una Trata de

Blancas con prostitutas europeas para complacer los caprichos de los notables cansados tras la faena legislativa, porque una república de primera debía tener putas francesas. Casi en el mismo sentido, el coronel Cosme de la Torriente, legislador por los conservadores, propuso en 1918 la apertura de un Consulado de Migración en París para conseguir braceros blancos y bloquear la entrada de temporeros jamaicanos y haitianos⁴.

La esperanza blanca llegó a parecer incluso realizable cuando se declaró la Guerra Europea en 1914 y enloqueció el precio del azúcar. La ciudad turca de Gallipoli quedaba suficientemente lejos de La Habana: los fragores de la contienda se convertían en rumores comentados en las tardes de la acera de El Louvre. Y el número de víctimas escupido a diario por los despachos del telégrafo apenas pasó de una simple cifra remojada en café. Las cifras importantes, las únicas cifras importantes de entonces, fueron las de la cotización del azúcar en el mercado mundial. Hasta 454, 4 millones de dólares una producción de poco más de cuatro millones de toneladas en 1919.

En el imaginario blanco insular los “negros” quedaron para comer mangos en los lienzos del pintor Guiral y para secuestrar hijas de policías en las películas del cineasta Díaz Quesada. Y aún así el temor persistió. Un repaso ligero de los diarios de la época demostraría que cualquier disturbio protagonizado por afrocubanos —un choque entre la policía y una comparsa carabalí en Santiago de Cuba, una reunión de ex Independientes de Color (devenidos Amigos del Pueblo) terminada en redada— era ágilmente reproducido, calificado de “brote racista” y tratado con el mayor sensacionalismo. Asimismo, acontecimientos como la fundación del Club Atenas (21.09.1917) fueron acogidos por el periódico *La Discusión* como

la realización de un “deseo de mejorar” por parte de un “sector evolucionado de las clases de color”.

Y así las cosas, el día de negociar con el concierto llegó con la paz de 1919. Y fue un desastre. En Versalles el abogado Sánchez de Bustamante demandó seguridades para la venta de la producción de azúcar y regresó a La Habana con las manos vacías⁵. La Danza de los Millones se quedó sin música en 1920 y una sociedad civil formada por las clases medias y profesionales que había crecido con el auge exportador comenzó a plantearse alternativas. Los intelectuales fueron abandonando la pose de elite rectora y asumieron compromisos más concretos con la sociedad. El esquema nacionalista entró en crisis y la sociedad civil se enfrentó al mundo de la política, que se juzgó corrupto sobre todo a partir de 1923. La idea era que las cosas no podían marchar bien si la ciudadanía no aceptaba su papel de vigilante activo sobre la administración del país. Y ningún ciudadano del Estado podía quedar al margen, fuese del color que fuese, porque de lo que se trataba precisamente era de ampliar los márgenes de la política.

En esta época se va observando algún cambio de sensibilidad en escritores como el etnólogo Fernando Ortiz, cuya curiosidad se orientó en un sentido recuperador. La noción de identidad nacional se pretendió más amplia y plural y la idea misma del folclore fue revisada y documentada en publicaciones como *Archivos de Folclore*. Desde instituciones de la elite como la Sociedad Económica de Amigos del País comenzó a interesar el mundo sumergido y silenciado de lo afrocubano que hasta entonces figuraba como un espacio de mala vida dominado por el hampa. Campos experimentales para obtener teorías sobre el hombre delincuente; campos de vigilancia y prevención del delito: esto

fueron para criminólogos como Matías Duque, Israel Castellanos y el primer Fernando Ortiz. Sin embargo, la mutación en positivo de Ortiz, apertura y flexibilidad que confieren valor a su obra posterior, constituye un cambio mínimo. La República multicultural se mantenía aún más inaccesible que la utopía de la nación blanca.

Lo curioso es cómo se reprodujeron los prejuicios racistas y cómo se adaptaron a las nuevas condiciones ideológicas. Los grupos de escritores y artistas que fueron imponiéndose como los protagonistas de la década de 1920 trazaron el ataque a los valores morales del orden oligárquico. Debí ser un período de intensos cambios en la cultura. Las alianzas intelectuales sustituyeron el aislamiento y el academicismo predominantes en décadas anteriores. La bohemia penetró el ámbito de las instituciones y las publicaciones iniciando así la ruptura vanguardista con viejas formas de producción cultural.

En este aspecto no fue un proceso diferente al que tenía lugar en el resto de América Latina y en Europa. Pero hay una diferencia que enseguida salta a la vista. Uno de los procesos más interesantes de la historia de los movimientos estéticos de la vanguardia europea fue su aproximación al arte y la literatura africanos. La vanguardia asumió “lo negro” como recurso para la renovación y el escándalo. Este procesamiento de “lo negro” podría tener inicio en el llamamiento a la insurrección dadaísta del poeta Tristan Tzara (1916) y terminar con la *Anthologie nègre* de Blaise Cendrars, en 1947⁶. En las mismas fechas en Cuba lo afro se mantenía como una parte constitutiva y negada de la cultura nacional. El “mundo negro” que Europa apreciaba desde la distancia y con múltiples mediaciones, en Cuba era próximo pero invisible.

En 1927 la imprenta habanera Minerva publicó *Biología de la democracia*, un ensayo firmado por el ensayista Alberto Lamar Schweyer. La Biología era un libro para actualizar los viejos prejuicios contra la convivencia interétnica. Su idea de partida es la determinación racial de las prácticas políticas. Para Lamar Schweyer era impensable una democracia convincente y sostenible en un entorno marcado por el conflicto entre razas desiguales. Asimismo, afirmó que un contexto de individuos “atávicos”, herederos de la lucha por la supervivencia de sus ancestros primitivos, no podía constituirse en ciudadanía moderna. En América Latina, sostuvo, las manifestaciones modernas de la lucha por la supervivencia eran el caudillismo regional y la inestabilidad política. En su opinión las repúblicas perpetuaban los atavismos de las sociedades coloniales.

De modo que la solución al subdesarrollo político y social debía contar con esos elementos. Debía encontrarse entre todos los caudillos uno que realmente se hiciera cargo de la situación de riesgo nacional. Un personaje inflexible pero concienciado que Lamar Schweyer calcó del “gendarme necesario” inventado por el venezolano Laureano Valle-nilla Lanz. Pero a Lamar Schweyer le preocupaba el problema de la arbitrariedad y su ingeniería política rescató la noción de elite intelectual, bien conocida por los círculos en los que él se movía, y estableció que reduciendo el padrón electoral hasta hacerlo coincidir con esta elite, el gendarme podía permanecer bajo control. Los intelectuales representarían la razón estatal y el presidente sólo el brazo ejecutivo. El dictador sólo sería el gendarme de una casta intelectual. En su obra, una neo aristocracia adquiriría los derechos de monitorear del sistema político.

Biología de la democracia es un libro mediocre lleno de prejuicios racistas, razona-

mientos accidentados, inconsecuencias, arrogancias e ignorancias. Un cóctel de influencias culturalmente indigestas y mal digeridas por su autor. Me gustaría analizar su fase más interesante, la divulgación del libro, que arrojaría detalles interesantes sobre la cultura de las elites intelectuales. Pero sólo apuntaré que todos sus críticos (salvo uno, el sociólogo Roberto Agramonte) atacaron el mensaje político del libro (la construcción de la dictadura), soslayando el profundo contenido racista de la Biología. Una explicación de esta estrategia de la crítica es que Lamar Schweyer proponía algo que el presidente Gerardo Machado intentaba llevar a la práctica con la prórroga de poderes, el cooperativismo y el terror de Estado. Pero otra explicación ronda la idea de que el racismo impregnaba la cultura de la bohemia emergente, a veces de manera sutil y otras de forma evidente⁷. Y resulta grave que sus críticos no se pronunciaran sobre este aspecto.

Como informó una comisión de expertos, este movimiento hacia la radicalización terminó en la Revolución de 1933: un golpe contra la arbitrariedad y la corrupción de los patriotas devenidos patricios y contra la injerencia de Washington en los asuntos internos cubanos⁸. Una manifestación de madurez del nacionalismo republicano que, sin embargo, no se tradujo en general en un mejoramiento de los nexos interétnicos. Durante la revolución, apuntó el cronista Gonzalo de Quesada y Miranda, la sociedad secreta ABC, cuyos ideólogos eran Jorge Mañach y Francisco Ichaso, llegó a emitir una comunicación que exhortaba: “¡Si te sobra comida dásela a un perro, pero no se la des a un negro!”. ABC decretó este ataque a la población afro cubana desde el convencimiento de que este sector permanecía fiel a Machado. Y la cuestión era, aclara Quesada y Miranda, que las aspiraciones de los afro cubanos no se veían claramente

representadas en las metas de los grupos revolucionarios⁹.

De todos modos, la radicalización de la cultura en la segunda mitad de la década de 1920 avanzó el cambio de sensibilidad antes apuntado en el discurso intelectual: la *Revista de Avance* se interesó por el “arte negro”, comenzó a circular la poesía de Nicolás Guillén y Alejo Carpentier escribió *Écue-Yamba-Ó*¹⁰. Por su parte, la antropología dejó de medir degenerados y delinquentes en los suburbios. El entendimiento de las cultu-

ras afrocubanas por primera vez se convertiría en un modo posible de superar la fractura social legada por la esclavitud y restaurar la idea de ciudadanía.

Estas variaciones no clausuraron el racismo en Cuba, pero significaron un cambio de aires respecto a lo anterior que se diría saludable. En el futuro, la vieja y arraigada utopía racial tendría que ser reformulada en términos más complejos y sutiles por el discurso cultural contrario a la igualdad.

NOTAS Y BIBLIOGRAFIA

- 1- Miguel de Carrión (1921). El desenvolvimiento social de Cuba en los últimos veinte años. En *Cuba Contemporánea*, La Habana. Año IX, tomo XXVII, número 105, p. 7.
- 2- Pruna P. y A. García González (1989) . *Darwinismo y sociedad en Cuba*. Ediciones Siglo XIX. Madrid. CSIC, 1989, p. 127.
- 3- Guerra y Sánchez R (1927). *Azúcar y población en las Antillas*. Cultural, S.A. La Habana.
- 4- La oficina no funcionó: quienes más sabían de plusvalías deseaban pagar cuanto menos, mejor (De la Torriente, C. *Inmigraciones peligrosas*. Discurso en el Senado el 30.07.1917. El proyecto se convirtió en ley el 03.08.1917).
- 5- Una crítica de la gestión de Sánchez de Bustamante puede encontrarse en: Ortiz, Fernando (1920). *Cuba en la Paz de Versalles* (Discurso pronunciado en la Cámara de Representantes en la sesión del 4 de febrero de 1920. Imprenta La Universal, La Habana).
- 6- Shelton, Marie-Denise (1984), *Le mon noir dans la littérature dadaïste et surréaliste*. En *The French Review*, Vol. 56, N° 3, pp. 320-328.

- 7- Las ideas de la fractura democrática y la dictadura cotizaron sus acciones a la baja después de Machado; la influencia de la biología social, que llegaba a través de autoridades reconocidas por los intelectuales del Grupo Minorista, como José Ingenieros, se mantuvo intacta al menos dos años más.
- 8- Comisión de Asuntos Cubanos (1935). *Problemas de la nueva Cuba* (Informe de la Comisión de Asuntos Cubanos, New York, Foreign Policy Ass).
- 9- Quesada y Miranda, Gonzalo (1938). *¡En Cuba Libre! Historia documentada y anecdótica del Machadato*. Seoane, Fernández y Cía. La Habana.
- 10- Masiello, F. *Rethinking* (1993). *Neocolonial Esthetics: Literatura, Politics, and intellectual Community in Cuba's Revista de Avance*. En *Latin America Research Review*, Vol. 28, University of New Mexico.